

tón de alguno de los excelsos reyes de la patada.

Pero hoy por hoy, el Boxeador triunfa y nos obliga,—incluso a nosotros—a rendirle homenaje. Seguramente no daríamos, como darían la mayor parte de los yankees, cien William James por un Dempsey; seguramente no daríamos, como darían la mayor parte de los franceses, cien Bergson por un Carpentier. Y esto por la razón de que tenemos el enorme defecto de sernos más visibles un avance filosófico que la maravilla de los *unppercut* y de los *Knock out*.

Humildemente pedimos perdón de no ser el todo actuales.

Pequeñas causas, grandes efectos

CUANDO lo conocimos, tenía al hablar el gesto amplio y *natural*.

Hoy sus manos se mueven con lentas perfidias y estudiadas complicaciones.

Es que se pule y pinta las uñas.

Si todos nos puliéramos y pintáramos las uñas es casi seguro que el concepto de la *naturalidad* llegaría a cambiarse.

RAMÓN VINYES

(*La Nación*, Barranquilla).

Mrs. L. F. Beers

El 10 de noviembre del año pasado y en la Iglesia Española de Nuestra Señora de la Esperanza (ibuen augurio!), New York City, se casó la fina y bella poetisa salvadoreña, nuestra amiga y colaboradora Carmen Brannon, con el caballero norteamericano Le Roy T. Beers. Halló en él al hombre que necesitaba: culto, bueno y amoroso. ¡Que así sea por todos los años de la vida! nos lo dicta el anhelo entrañable y fraternal.

Al pie y a un ladito de la participación, se leen estas palabras hospitalarias y benévolas, que saben a hogar dichoso, que huelen a nido tibio y perfumado: En su casa después de diciembre 15. Y del otro lado: N° 67 Hancock St. Brooklyn, N. Y.

La estimación extranjera

EL CONDE DE LAS NAVAS

BIBLIOTECARIO MAYOR DE S. M.

SALUDA

a su bueno y antiguo amigo el Dr. Don ANASTASIO ALFARO y, en nombre de S. M. el Rey don Alfonso XIII y en el propio, le da las más expresivas gracias por el ejemplar de *El Delfín de Corubict*, recibido con mucha estimación en esta Real Biblioteca.

Madrid, Palacio 26 de setiembre de 1923.

El Año I de la Nueva República

(Meditaciones en Navidad)

¡1923! ¿Ha sido próspero o adverso para nuestra patria?

En él hemos padecido los mismos vicios e idénticos males que desde años atrás venimos sufriendo; pero en él, también, hemos visto despertarse, en un glorioso renacimiento de escondidos arrestos y virtudes, la conciencia cubana. Ha sido un año de lucha. Lucha entre el bien y el mal; entre lo viejo y lo nuevo. Y parece que el año va a terminar sin que se haya liquidado todavía la contienda. Pero la semilla está regada y en casi todos los corazones hay el anhelo de que fructifique.

Estos primeros tiempos de vida republicana han sido para Cuba difíciles y tumultuosos. Apenas constituida la República, vimos salir a la superficie de la tierra los mismos vicios y defectos que los hombres que concibieron y realizaron la revolución emancipadora, se proponían extinguir: los odios enconados, el egoísmo, el afán de lucro, la burla al derecho, a la libertad y a la justicia, la falta de amor a la patria, de respeto a la ley—que ya era ley cubana—, el abuso en los que mandaban, y la complicidad unas veces y la nefasta pasividad y tolerancia otras, en los que obedecían... Y lo más triste era que muchas veces el *inri* había que ponerlo sobre la frente de los mismos que dieron su sangre para que esos vicios, en que ellos ahora incurrieran, desapareciesen. Habíamos cambiado de bandera y de forma de Gobierno, pero, en el fondo, casi no era perceptible la diferencia entre la República de hoy y la Colonia de ayer.

Y la reacción no surgía. Sólo voces aisladas se levantaban, de tarde en tarde, para hacer constar su inconformidad con determinados actos o levantar su protesta contra ciertos procedimientos que rebasaban el límite de lo decorosamente tolerable. Eran chispazos aislados, insuficientes para que la hoguera prendiese, la hoguera necesaria en que debía destruirse todo lo enfermo y lo podrido, lo inútil y lo dañino.

Pero la hoguera al fin prendió. Y fueron los jóvenes—¿quiénes con más

derecho y con más deber?—los que lograron encenderla.

Y en los claustros universitarios estalló el primer gesto colectivo de inconformidad y rebeldía. Los estudiantes en masa se levantaron contra los caducos métodos de enseñanza, contra las inmoralidades, el abandono o la ignorancia que reinaba en aquella casa, que ellos querían que fuera santuario de ciencia, de cumplimiento del deber y de honorabilidad.

Después, un grupo de ciudadanos, pequeño primero, numerosísimo hoy, levantó también su protesta, viril y sostenida, contra los poderes públicos por su abandono, por sus vicios, por sus violaciones de la Constitución y de las leyes, por su falta de honradez, por su mala administración...

Aquellos y estos—estudiantes y ciudadanos—podrán, dentro de sus respectivas campañas, haber cometido errores de forma o de procedimiento. Tal vez existan en ambos grupos individuos incapacitados para lanzar la primera piedra. Pero la prueba de que nada de eso obsta a la bondad de sus respectivas causas, es este fenómeno curiosísimo y consolador que ha ocurrido: que el país entero ha hecho suyo y recogido el programa y la bandera levantada y sostenida por ambos grupos, que forman en realidad uno solo, pues idénticos son los ideales perseguidos.

Y hoy es la nación toda la que actúa contra los poderes públicos y vigila, además, a los jefes del movimiento protestante; habiendo llegado ya felizmente la situación a tal extremo que importaría poco que estos fracasaran o fueran traidores a la causa. El pueblo pasaría por sobre ellos sin que cayera la bandera o se manchase.

Bandera blanca y gloriosa que lleva como síntesis de ideales, como símbolo de programa, una sola palabra: *Regeneración*.

Regeneración, que es más que rectificación. Hoy ya el país no se conforma con que gobernantes y funcionarios rectifiquen. Demanda que vengan hombres nuevos. Con los perversos y corrompidos no se puede regenerar. Y la República, si quiere vivir, como ha demostrado que lo quiere, necesita renovarlo todo, arrasando por completo con lo viejo y lo malo—hombres e instituciones—, cambiando normas de vida y normas de moral, reformando todas las leyes y llevando a ellas la savia nueva de las ideas modernas; consagrando y convirtiendo

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443